





# El quatuor de **Matadero**



José Ángel MAÑAS  
Antonio Domínguez LEIVA

El quatuor de  
**Matadero**

algaida



Primera edición: octubre, 2009

© José Ángel Mañas y Antonio Domínguez Leiva, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-275-3

Depósito legal: M. 42.109-2009

Impresión: Lavel, Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

### LIBRO PRIMERO

*La ley del Sheriff Hill* ..... 11

### LIBRO SEGUNDO

*La matanza de los cerditos* ..... 135

### LIBRO TERCERO

*Los últimos días del barón von Stein* ..... 235

### LIBRO CUARTO

*El Apocalipsis según san Eulalio* ..... 345



Tras los felices ochenta comenzó una década oscura. Los íberos vivieron enfebrecidos el clímax histórico-festivo de la Expo Universal y las Olimpiadas Catalanas. Entraban en los noventa cargados de medallas, cocaína, convicciones democráticas y dinamismo empresarial. Por fin podían olvidar sus raíces africanas; por fin eran EUROPEOS.

La resaca fue terrible. Tras el magnífico 92 se sucedieron los escándalos gubernamentales. Los indígenas descubrieron aterrorizados que su país había estado regido desde la sombra por un enigmático señor X. Que la generación que habría podido sacarles de las sombras del franquismo había hundido el *Spanish dream*, esa inexistente Transición, hipotecando definitivamente su futuro. Mientras las instituciones defendían lo indefendible, una juventud abducida por la electrónica se abandonó a un infierno hedonista de tapones blancos, de Panoramix, de Smileys. La nación entera pegaba botes sobre el volcán al tiempo que el ejemplo de Kurt Cobain llevaba un Astra a cientos de ávidas bocas adolescentes.

Cual el Chicago de los años 20, fue esta una época sin ley marcada por hombres duros y violentos. Esta es su historia y la historia del héroe que socavó desde sus alcantarillas los fundamentos del Nuevo Orden: el legendario Veintiún Dedos.



# LA LEY DEL SHERIFF HILL

LIBRO PRIMERO



## PRÓLOGO

*En la anterior aventura, 21 se ha visto involucrado en el rodaje de una desastrosa película de serie zeta donde la relación entre el descerebrado director, Andrés, y sus actores ha acabado degenerando hasta que, tras la muerte accidental de uno de estos, la tensión ha desembocado en una confrontación armada con todos encañonándose los unos a los otros. No mucho después, un conspicuo coche se acerca por el desierto almeriense en dirección a los estudios en donde han estado rodando.*

*Primavera de 1995*

— **T**E VOY A MATAR, NOS HEMOS VUELTO A PERDER... El escocés se había estado rascando el brazo tatuado por debajo de la camiseta. Seguía desparramado en el asiento del copiloto y sacaba un pie por la ventanilla. El coche era un Ford Fiesta rojo de alquiler y permanecía detenido en medio del camino de tierra que atravesaba el desierto almeriense.

A su alrededor, innumerables ojos ciegos los miraban desde las dunas agujereadas.

El cielo estaba despejado, no había ningún viento y el calor caía a plomo sobre el vehículo.

El escocés se tocó el pendiente del labio. Lucía el pelo teñido de rubio, la tez rojiza, gafas de sol, camiseta blanca, vaqueros negros, chanclas sobre la guantera.

—Estoy *up to here* de estar en África... —se tocó la frente—. En Edimburgo hemos conseguido que vuestro sol no nos quemé la cara...

—Mira, jodido júligan, hago lo que puedo, ¿vale? —dijo el piloto, que no le prestaba demasiada atención y seguía mirando el mapa.

Llevaba polo Lacoste, pelo rizado engominado, pantalón Charro y calcetines de rombos pese al calor.

—Además yo soy tan extranjero como tú. Soy del norte y allí somos celtas, a ver si te enteras. Que a Santander nunca llegaron los romanos...

El escocés torció el labio. Se rascó el brazo que empezaba a rostizar bajo los tatuajes.

—Calla, moro, y busca esa jodido sitia.

—Te digo que estamos cerca...

—Llevas diciéndolo toda la mañana y me estoy cociendo como un cangrejo. Tenía que traer crema... Y algo de *decent music*.

—Vamos allá. Sujeta el plano, por si acaso.

El escocés escupió por la ventanilla abierta. Arrugó el plano y se sentó encima.

—Oye, júligan, no me gusta que te sientes sobre mi país.

—No siento, me estoy tirando un pedo.

—Qué pesado eres. Me lo llegan a decir y este trabajo se lo meten por donde les quepa.

El pijo arrancó. El Ford Fiesta empezó a avanzar por el camino de tierra.

El escocés volvió a escupir por la ventanilla.

—Soy el mejor, moro. Tú solo filmar y embolsar tus jodidos pesos...

—Pesetas, aquí son pesetas... Al menos hasta que lleguen los euros.

—*Whatever...*

—Pensaba que los júligans solo sabíais gruñir. ¿Dónde aprendiste el español?

—Una novia que tuve... Me hacía los mejores besos negros... ¿Conoces besos negros? Yo casi me caso con ella... Pero estudiaba en Edimburgo. Era una jodida estudiante, odio a los estudiantes, ¿tú eres estudiante?

—Sí, Derecho. Estoy en tercero.

—La Voz no lo dijo.

—La Voz no lo sabe todo. En España todo el mundo estudia, y estudia Derecho. Es el país con más abogados por metro cuadrado del mundo...

—Putos estudiantes de mierda...

El escocés lanzó otro escupitajo al caluroso viento.

El camino seguía siendo agobiante.

Silencio, calor, los ojos de las dunas.

El pijo meneó la cabeza.

—¿A quién se le ocurre venir aquí a rodar películas? Hay que estar colgado...

—La Voz dijo que es el hijo de un tío con pelas. Un gilipollas que se ha metido donde no debe. Odio a los gilipollas ricos.

—Odias a mucha gente, parece.

—Soy un *working class hero*. Aquí en España todos queréis ser pijos, allí todos queremos ser obreros. Hay muchos estudiantes que intentan serlo. Yo en la cárcel de Glasgow me cargué a dos estudiantes por eso. Pasaban hierba. Unos gilipollas. Los padres les podían haber sacado pero ellos no, ellos querían ser *working class*. Pues toma *working class*. En el culo, les metí un tenedor por el culo. Mismo tenedor para dos culos...

El escocés se rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Joder, un poco fuerte, ¿no? —observó el pijo, viendo que su acompañante se secaba los ojos con el antebrazo tatuado—. Por cierto, he visto una peli sobre tu país y la peña como tú. *Trainspotting*.

—Bah, otro que va de *working class*. Chorradas de estudiantes.

Se callaron unos segundos.

—¿Te dijo La Voz si iban a tener armas? Porque yo no quiero movidas...

—Tú filma, deja a Yellow Man el resto.

—¿Quién es Yellow Man?

—El que te va a abrir la cabeza, *arsehole*...

—Bueno, y después ¿cómo has quedado con La Voz?

—Nos estará esperando en Cabo de Gata. De allí a Gibraltar. Y de allí a casa. En cuanto llegue yo comeré cuatro éxtasis de verdad, MDA, no esta mierda de aquí.

El escocés golpeó la guantera con el pie.

—Estoy asqueado con vuestras pastillas... La otra noche me comí diez y nada, dormido como si nada.

—¿Y yo? ¿Me han pillado el billete para Marruecos?

—Tú con los moros, sí.

El coche avanzaba sin prisa. El cántabro parecía inquieto.

—¿Tú sabes a qué viene esta movida? La Voz no ha sido muy explícita que digamos...

Yellow Man hizo crujir sus nudillos y sonrió. Dijo:

—Hay una compañía importante que comercializa esa mierda de *snuffs* para gilipollas ricos en España y sur de Europa. Han tenido movida con nuestro gilipollas rico y no quieren que siga metiéndose en su ajo. El papá de nuestro gilipollas es tío importante y complica las cosas. ¿Sabías que se ganó gran parte de su pasta gracias a un hombre lobo...?

El otro seguía conduciendo entre dunas.

—El caso es que han puesto un contrato sobre niño pijo y su puta película.

—Lo sabía. Me habían dicho que esta vez no habría que cargarse a nadie...

—¿Ves cómo sois gilipollas los estudiantes? La Voz ya ha mandado a uno para encargarse de eso.

—¿Y entonces qué coño pintamos aquí?

—*Double check*. El agente en cuestión ya la cagó en el pasado. ¿Oíste lo de aquella matanza en un tren de escritores<sup>1</sup>?... Eran putos parásitos, *anyway*, pero a La Voz no le gusta quedar mal delante de sus clientes y al parecer ellos están bastante jodidos con todo el publicidad del asunto. Tenemos que verificar que todo es *okay*. Y, si no, hacer que todo sea *okay*.

—¿Cargándonos al director ese...?

—Por ejemplo. O al agente, si ha vuelto a cagarla.

El cántabro murmuró varias maldiciones para sí.

La carretera seguía desplegándose, monótona, solitaria y arenosa.

—También hay otra cosa...

El escocés se hurgaba una uña que sobresalía de su chancleta, sobre la guantera

—Nuestros clientes quieren que les llevemos un prueba grabada. En el negocio del *snuff*, ya sabes...

—Claro.

—Irónico, ¿no?... Esnufero esnufado, *snuffed snuffer*. ¿No te hace gracia?

—No tenemos el mismo sentido del humor, escocés.

---

<sup>1</sup> Ver el episodio 4 de El Hombre de los Veintiún Dedos: *Muerte de un escritor*.

—Hay quien quiere ver esa película destruida y a ese joven cabrón muerto...Y alguien en particular quiere tenerlo... en su propio VCR.

Yellow Man volvió a reírse. Nuevo escupitajo.

—No es broma..., ¿sabes cuánto pagan por un *snuff* en Francia, tío pijo? Hasta un kilo y pico... Cualquier ejemplar. *Fuck!* Eso es lo que vamos a hacer, tío pijo. Una *fuckin' snuff*. Pagarán medio kilo por ver el careto de Yellow Man...

El escocés formó un nuevo gapo en su boca. Lo echó por la ventanilla.

—Vamos a ser estrellas, tío pijo...

En ese momento, detrás de unas dunas surgió un bloque de cemento de dos pisos, gris y cuadrado.

—Es un puto búnker. Los he visto en Dunkerque...

—Te equivocas. Es un decorado.

En realidad era una antigua nave reconvertida en estudio. Desde lejos parecía un búnker, pero era solo fachada.

—Bueno, pues aquí es...

El pijo paró junto a un Opel Astra y un Ibiza tuneado que había a la entrada. Los ojeó, confirmando que no hubiera nadie dentro.

El escocés bostezó y bajó las piernas. Estiró los brazos reclinándose sobre el asiento.

Luego abrió la portezuela y salió a inspirar el aire del desierto...

El pijo salió por su lado. Abrió el maletero.

Sacó una *steady-cam* y tardó unos segundos en montarla.

Destapó los objetivos, verificó la batería y encuadró al escocés...

Yellow Man lo miró con el labio levantado. Se rascaba el brazo tatuado.

—Yo estoy listo —dijo el pijo—. Cuando quieras.

Tocaba una panorámica de las dunas.

Luego encuadró al escocés...

Yellow Man escupió al suelo. Se quitó la camiseta.

La prolongación del tatuaje de su brazo izquierdo era una serpiente enroscada que se transformaba en su torso en un dragón rojo y verde. El dragón escupía fuego. Tenía una espada clavada en un ojo. Había una tía en pelotas bajo sus patas y varios cráneos entre las uñas, en el abdomen.

El pijo bajó la cámara. Se acercó enfocando.

—Tengo al dragón en primer plano...

—Graba.

—Lo estoy haciendo...

—*Right, so this is Yellow Man speaking from Africa... Yellow Man is the son of the Red Dragon. I'm a working class killer. Watch this!*

Los dedos calludos y cortos hicieron señas para que lo siguiera hasta el maletero. Lo habían dejado abierto.

—Cuidado con el matrícula.

—Tú déjame a mí y sigue con lo tuyo...

Yellow Man tiró su camiseta dentro.

—*Right. Here we've got a lot of things. What do you prefer? This is mister .45, who's saying hello from Africa. Are we gonna chose mister .45? Yes, Yellow Man always works with mister .45? Sex or no sex?*

Se frotó el paquete con el cañón de la Magnum.

—*Yellow Man will fuck you, and then kill. You think you're safe, but you're not! Mister .45 is loaded...*

—¡Eh, cuidado! —exclamó el pijo—. ¡No me apuntes!

—*Here we go...*

—Espera, que tengo que pillar mi pipa...

El pijo metió la mano por la ventanilla abierta del copiloto. Sacó de la guantera una pequeña Astra Constable corta.

Con la pistola en una mano y la *steady-cam* en la otra, siguió a Yellow Man en dirección a los estudios.

El escocés eructó a mitad de camino. A ratos miraba a cámara.

Abrió la puerta de entrada sin cuidado...

Dentro, todo estaba en silencio.

Yellow Man se volvió hacia el objetivo. Arqueó las cejas. Le dio un beso a la pistola.

—*We must be quiet now...* —murmuró en primer plano.

Tres pantallas gigantes iluminaban, con el blanco y negro analógico de su carta de ajuste, una desolada estancia repleta de viscosos tubos metálicos y ordenadores siniestrados.

En el suelo, entre cables y cachivaches, había cuatro cadáveres ensangrentados.

—¡Santa mierda! —masculló Yellow Man.

El primero tenía la cara desfigurada y los sesos reventados. Posiblemente por el impacto de un Colt. Era una joven con minifalda y botas de cuero que parecía bastante apetecible pese a esas estrambóticas coletas a lo Pipicalzaslargas. Se había llamado Lupi.

—Pilla esto, *my friend*. Graba la zorra...

—Bájale las bragas —ordenó, muy profesional, el pijo.

—¿Qué más hay aquí?

El escocés caminó entre los cuerpos. Los inspeccionó sin dejar de encañonarlos.

—Un *cow-boy*... *A fucking cow-boy*...

Era el cuerpo de Andrés Saénz de Heredia. El realizador yacía acribillado a pocos metros de su sombrero mexicano. Su torso, cubierto con una bata blanca, había recibido seis impactos de bala. Había salido proyectado contra una pared del decorado al más puro estilo Peckimpah.

En el centro de la macabra composición quedaba el cadáver de Chechu, otro de los actores. Tenía una camiseta verde de Godzilla y agarraba aún su Star automática como en un intento desesperado de llevarla consigo hasta el infierno.

La mitad de la cara había sido arrancada por los impactos de una 9 milímetros que seguía tirada en el suelo, a unos metros de la chica que lo había matado: la Lupi, ahora con la cabeza abierta y los sesos esparcidos.

Yellow Man parecía pensativo.

—*Mexican standoff*. Me pregunto quién disparó primero...

Unas escaleras llevaban hasta una *mezaninna*, arriba. En los primeros escalones yacía, respirando entrecortadamente, una inverosímil figura.

—*What the fuck...?*

La extraña criatura estaba recubierta de látex amarillo. La coronaba una indescriptible peluca llena de lucecitas chisporroteantes y sangraba por una herida en el pecho.

Yellow Man la encañonó y la palpó. Le arrancó la estrafalaria peluca...

Un joven macilento lo contemplaba entre alucinado y aterrorizado. Iba perdiendo el conocimiento.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo...

El pijo ajustó el objetivo. Había unas gafas de culo de botella tiradas en el suelo.

El escocés colocó su Magnum sobre el temblante rostro.

—¿Qué haces? —preguntó, casi chillando, su compañero.

Yellow Man apretó el gatillo.

—No rastro —dijo a modo de epitafio.

Y sopló sobre el cañón humeante de su pistola.

—La Voz lo dijo. Filma bien porque este es el hombre más peligroso de tu país. *Dangerous mother fucker*. Al parecer más de diez personas tenían puesto precio a su cabeza... Era todo un mito en África. Lo llamaban El Hombre de los Veintiún Dedos. Se contaban cosas extraordinarias sobre él. Llevaba años haciendo crecer su leyenda... *The Man of the Twentyone Fingers*. Y aquí lo ves. Muerto. *Dead mother fucker... Snuff!* —pronunció, sonriente, ante la cámara.

## DECLARACIÓN DEL AGENTE DE LA POLICÍA LOCAL DE MATADERO ÁNGEL GÓMEZ

**C**UANDO EN VERANO DEL 95 SALIERON LAS OPOSICIONES para un lugar llamado Matadero, creí que se trataba de una broma.

Luego lo encontré en una guía. Todavía la guardo; creo que merece la pena.

### MATADERO

Ubicada en un espléndido entorno natural, a veinte kilómetros del Parque Natural Los Osos y en plena Costa del Sol, esta es, pese a su topónimo, una de las ciudades más hermosas de nuestra Península.

El fácil acceso desde Málaga, por la N-17, y desde Granada, por la N-323, hace que sea asaltada cada verano por inmisericordes hordas de turistas mesetarios e internacionales que lo están llevando a perder progresivamente su carácter de pueblo pesquero tradicional.

No obstante, aún subsiste, resistiéndose a la planificación racionalista del nuevo Matadero, un precioso casco antiguo lleno de

laberínticas, blancas y floridas callejuelas que esconden en su seno la espléndida catedral barroca del siglo XVII, desafortunadamente bombardeada por el ejército rebelde en el verano de 1936 y reconstruida por el régimen franquista algunos años más tarde.

Con sus arcos góticos, sus dorados retablos y un órgano fastuoso, la catedral alberga, entre otros tesoros del patrimonio regional, un magnífico tríptico escenificando la bíblica matanza de los inocentes. Se trata de una obra del insigne fray Eulalio, hoy para el Vaticano san Eulalio de Matadero, el venerado santo local del cual se conserva como reliquia un brazo embalsamado al que los feligreses suponen todo tipo de poderes curativos.

Es este el brazo que preside año tras año la famosa procesión mataderiense de Semana Santa, una de las más pintorescas de la costa y que, tras salir de la catedral, pasa por la cercana plaza de San Eulalio, baja al puerto antiguo y llega a la playa del Arenal, de donde vuelve a su lugar de origen...

Desde el puerto antiguo, donde amarran los últimos pesqueros que dan fe de los orígenes marineros de esta antigua ciudad fenicia, puede admirarse el faro romano, a apenas dos kilómetros de la costa, despuntando sobre los mástiles y antenas parabólicas de los yates privados del puerto deportivo.

Entre estos dos brazos tendidos sobre las aguas azules del Mediterráneo, se halla el paseo marítimo: un kilómetro de cimentados azulejos bordeado por palmeras exuberantes bajo cuya plácida sombra el viajero indolente podrá contemplar el tradicional trasiego vespertino de unos mataderienses entre los que se cuentan, desde hace ya décadas, muchos rostros conocidos del mundo del espectáculo.

Lamentablemente, el *boom* turístico de los años sesenta y una especulación descontrolada han poblado las inmediaciones del paseo de una multitud de edificios de gran altura, gigantescas cajas de cerillas que muestran al mundo la cara más fea del urbanismo

hispano y en los que llegado el verano se amontonan los veraneantes que no pueden aspirar a las lujosas urbanizaciones Los Zarzales I y II, venían de la playa del Poniente

Si uno continúa por el paseo marítimo hacia el este, pasado el puerto deportivo, a mano derecha, se encuentra el Casino, un edificio modernista y lleno de arabescos, obra de la febril imaginación del enigmático Gabriel Moixà, discípulo de Gaudí y también veraneante de la villa.

Allí, en las calurosas noches estivales se reúne la crema y nata de la sociedad local en fiestas pintorescas donde no es inusual encontrar a *el Pati*, célebre ex cantaor y dueño del Casino, hablando con las personalidades más en boga del momento. Famosos de resonancia internacional como Marlon Brando o Marlène Dietrich se han codeado con nuestros ídolos nacionales frente a una legión de *paparazzis* y admiradores.

Los innumerables bares del casco viejo incluyen asimismo locales tan clásicos como el celeberrimo *Archy* o los pubs de la Calle Mayor, recientemente rebautizada calle de Felipe González en honor al presidente en funciones, garantizando amplia diversión para el visitante.

Y si este, incombustible, todavía tuviera ganas de prolongar la noche, las discotecas *Happy Pollas*, *Purgatorio* y la masiva *Apocalipsis* lo mantendrán en vilo hasta bien entrado el día siguiente cuando, epílogo confortable de la marcha mataderiense, los chiringuitos de la playa del Poniente, siguiendo la costa y a las afueras de la urbe, quizá la más hermosa de la zona, le brinden el mejor remedio para afrontar el nuevo día.

Pero de todo ello y más hablaremos en el próximo número, donde continuaremos nuestro recorrido por los tesoros naturales y no tan naturales de esta romántica tierra de calor y alegría.

Matadero no les defraudará, amigos lectores.

No pensábamos que fuera a sacar la plaza a la primera, pero ocurrió.

Bien, me dije. Buenas playas, tías en pelotas, futbito, cañitas, el típico veraneo español durante todo el año.

Como los jubilatas alemanes o suizos, pensé.

A Loli también le encantó la idea.

Estábamos esperando nuestro primer hijo y no nos hacía ninguna ilusión que naciese en los cuarenta metros cuadrados de nuestro apartamento de Carabanchel.

Como primer destino era una suerte: lo llevaríamos a la playita con su gorrito, su sombrillita y las palas, y Loli se pondría morena mientras yo dormía la siesta tumbado a la bartola.

Ella empezaba a ver que ser policía no estaba tan mal... y yo contaba con disipar el resto de sus reticencias bajo el sol de la costa.

Al final partimos de Madrid un domingo y tras habernos despedido con una fiesta que nos dejó algo de resaca.

El tráfico iba en dirección contraria y resultaba agradable conducir con la cabeza acolchonada.

Loli llevaba una cámara de fotos y disparaba sobre todo lo que veía.

Yo le dije que saldrían movidas, pero no me hizo ni caso. Siempre ha sido una mujer tozuda.

Yo le tocaba su barriguita bajo el vestido de tirantes que dejaba sus brazos al aire y ella me decía que atendiera a la carretera...

Desde que está encinta se pone nerviosa por nada.

El calor iba en aumento y yo me sentía invadido por una felicidad tranquila.

Un chiste de la noche anterior nos volvió a la memoria y no paramos de reír mientras llegábamos al Parque Natural Los Osos.

Siempre me ha gustado mirar a Loli cuando ríe: me parece entonces realmente bonita y me olvido de su naricilla torcida.

En algún momento Loli empezó a leerme la guía turística y a mí me asaltaron imágenes bucólicas...

El paisaje estaba cubierto de algarrobos, pinsapos y majuelos.

Bordeando el parque natural me imaginé que veríamos gamos o alguna cabra montesa... Pensaba detenerme para darles el resto de los bocadillos de jamón y queso que traíamos, pero al final solo vimos un perro atropellado en mitad de la carretera.

Loli se tapó los ojos. Había leído que el niño no debe tener impresiones negativas del mundo exterior: si no, sale angustiado y no para de llorar.

Todavía tardamos un poco en atravesar las últimas colinas y, de repente, con el descenso hacia el mar surgió, ocultando el horizonte, Matadero.

Aquello tenía poco que ver con lo que nos vendía la guía: era un cúmulo de modernos y enormes edificios amontonados los unos encima de los otros.

Como en Carabanchel o peor.

Por suerte bastaba con tomar una curva para que aparecieran, como en un cuento de hadas, diversas urbanizaciones de chalecitos blancos y palmeras. Más allá el Mediterráneo brillaba con los reflejos del atardecer.

Loli me cogió del brazo y dijo que era precioso.

Eso borró de un plumazo la mala impresión primera.

La carretera pasaba ante unas naves industriales de salinas medio abandonadas, y a la izquierda vimos un edificio con cinco pisos de grandes ventanas. Un panel sobre la entrada decía *La voz de Matadero*.

Allí preguntamos por la comisaría a un taxista que nos miró con mala cara.

No dejaba de hurgarse en la nariz con el dedo meñique.

A continuación, Loli le preguntó a un gitanazo con la camisa abierta hasta el ombligo. El tipo hizo como que ojeaba el periódico local.

Ni sabía ni quería saberlo, respondió, por él como si estuviese hundida en el fondo del mar.

Por suerte, siguiendo por la calle del Espíritu Santo encontramos una señalización.

Estaba un par de paralelas más allá, en una calle que se llamaba Felipe González.

A Loli le gustó que el pueblo tuviese raigambre sociata. En su familia todos lo son.

Daban las ocho y media y la comisaría parecía bastante tranquila; eso también le gustó.

Yo me bajé y pregunté al primer agente que encontré por el cabo Gonzalo Almendralejo.

El tipo fue muy simpático.

Me dio varias palmadas en la espalda con una alegría característicamente sureña.

Me dijo que me gustaría Matadero, que era un sitio muy tranquilo, no como en la capital o más allá en el norte.

Luego soltó otra gracia que no estuve seguro de pillar y me indicó que Almendralejo andaría en el bar de enfrente, *la sede*, lo llamó, con una amplia sonrisa.

La Sede era una bodega andaluza y mis compañeros vociferaban entre cañas delante del partido de turno.

Pregunté por Almendralejo y resultó ser el más tranquilo de la panda, un hombre gordo pero fuerte, con mucha papada, el pelo casi cano y mofletes rojos y velludos.

Me cayó bien en cuanto lo ví.

Me pidió un fino y me presentó al camarero, un gordinfla manchego que parecía su hermano.

También me presentó a los demás...

No me hicieron ni caso porque el Betis andaba perdiendo.

Algo a regañadientes, Almendralejo abandonó el partido y dejó un billete sobre el mostrador.

Dijo que ahora volvía y, fuera, se metió en un Megane de los que acababa de presentar Renault ese año, recién salido de la fábrica.

Me indicó que lo siguiéramos.

En la misma calle, unas manzanas más abajo, quedaba la casa cuartel. Más tarde supe que era la de la Guardia Civil, a la que el actual alcalde había desmantelado por completo durante su primer mandato.

Tenía aparcamiento propio y Almendralejo nos dio la llave de nuestro piso, el tercero F.

Después propuso enseñarnos el barrio en cuanto acabara el partido.

Aceptamos, y nos dejó que nos instalásemos.

\* \* \*

El piso era más grande que el de Carabanchel.

Tenía dos habitaciones y salón.

El baño y la cocina estaban en buen estado. Daban respectivamente al aparcamiento y al tendedero.

El salón, orientado al mediodía, tenía mucha luz.

Abrimos la ventana y nos quedamos un momento mirando los pináculos de la catedral que asomaban por encima del casco antiguo.

Más allá quedaba el mar.

Loli dijo que era una pena que nos lo tapasen los edificios de primera línea pero por lo demás comprendí que estaba encantada.

Después de subir las cosas del coche, nos dedicamos a deshacer maletas y a colocar la cunita y los trastos hasta que llamaron a la puerta.

Era el cabo Almendralejo.

Loli dijo que me fuera con él, que ella se quedaba arreglando el piso, y así lo hice.

Almendralejo me dio una vuelta en su Megane.

Le gustaba llevar el codo apoyado en la ventanilla abierta y conducía despacio.

Me indicó dónde hacer las compras más baratas y dónde debía llevar a Loli.

Cada poco detenía su vehículo y entablaba una charla amistosa con cualquiera.

Se veía que era un hombre tranquilo y que tenía aquello dominado. Un buen compañero. Como los que a mí me gustan.

Primero me llevó al casco antiguo.

Los domingos el centro era peatonal. Unas verjas prohibían el paso de vehículos, pero como éramos policías las apartamos.

Almendralejo comentó que durante la semana allí se podían enganchar muchas multas de turistas y que, rebajando el precio, se podía cobrar personalmente.

Me enseñó además varias tiendas de ropa y muebles: estaban todas cerradas.

Ya ves que las callejuelas son estrechas, dijo. Yo porque soy muy vago, pero si no es mejor venir a pie.

Cuando pasamos delante de los portales de la catedral salió el párroco don Fermín, un hombre cadavérico, calvo, de ojos hundidos.

Ese día iba en vaqueros y el cabo preguntó cómo había ido la misa.

El sacerdote no fue capaz de contestar: sonrió como ausente y desapareció por una de las callejuelas laterales.

Al alejarnos, Almendralejo todavía lo miraba por el retrovisor.

Me explicó que, cuando no estaba pinchado, el cura era majete.

Luego soltó un bostezo y se cagó en la derrota del Betis.

Dijo que como no espabilaran este año acababan en segunda.

Después pasamos delante de un pub con unas luces de neón apagadas encima de un toldo rojo. Era el famoso Archy.

Almendralejo se detuvo. Me dijo espérame aquí.

Llamó, y le abrió un tipo obeso con unas grotescas gafitas rosas con forma de corazón y perilla cubriéndole el mentón huidizo.

Parecía excitado y Almendralejo lo calmó con sus gestos.

Iba en albornoz violeta y cerró la puerta detrás del cabo.

Yo me eché un pitillo y Almendralejo salió unos minutos después y se metió en el Megane. Este tembló con su peso.

Mientras nos alejábamos, me explicó que el tipo al que había visto se llamaba Xabier Lerrimbarri y que andaba teniendo problemas con un colega del Cuerpo.

Es el dueño del Archy, un artista norteno la mar de simpático.

A continuación fuimos al puerto antiguo. En el muelle había unos cuantos pescadores recogiendo las nasas que al vernos aparecer nos miraron mal.

Almendralejo frunció el ceño, ralentizó el vehículo.

Dijo que eran unos putos vagos y que la gentuza así era la que daba mala imagen a Andalucía.

Fíjate a qué velocidades descargan las cajas, extendió la mano para hacerle señas al jefecillo de que les metiera más

«leña». Con esos hay que tener mucho ojo y controlarles las licencias de vez en cuando, dijo.

También llegamos al faro.

Desde allí se podía ver la patrullera que circulaba un par de kilómetros mar adentro.

Almendralejo me explicó que esa era su patrullera y que a partir del día siguiente iría con el suboficial Matamoros, un buen amigo suyo y posiblemente el tipo más simpático del Cuerpo.

A él le encantaba el mar y me apremió a que pidiera en comisaría que me enviaran con ellos, que lo pasaría bárbaro.

Cuando volvimos, se detuvo esta vez delante de una discoteca que ponía, en grande, Happy Pollas.

Primero pasó de largo y luego frenó, dio marcha atrás y se detuvo en la puerta.

Indicó que no me confundiera el nombre, que aquel era un local muy digno, que él iba mucho con su mujer a tomar copas y que el dueño era un tío francamente majo.

A renglón seguido bordeamos el paseo marítimo en silencio y el cabo soltó un nuevo bostezo.

Había mucha gente paseándose endomingada y me acordé de la guía.

El paseo estaba bonito pero no era para tanto.

El Casino, en cambio, era la leche.

Un edificio como de plastilina derretida. Había tías desnudas y machos cabríos en las cuatro esquinas, y una multitud de sapos y orquídeas por unas paredes recubiertas de enredaderas de piedra que se confundían con la madreSelva de verdad.

La puerta estaba abierta, y un chofer con gorra aparcaba una limusina blanca.

Almendralejo ni paró ni dijo nada.

El puerto deportivo era como todos los puertos deportivos: yates de puta madre, club náutico y una tienda de accesorios deportivos llena de familias en pantalón corto.

En la playa del Poniente aún había jóvenes charlando y bebiendo litronas.

Allí nos bajamos del Megane, nos quitamos los zapatos y nos paseamos por entre los diferente grupitos.

Nos arrullaba el mar y las farolas de la carretera se iban alumbrando.

Almendralejo saludaba a unos y otros y me iba diciendo quién era quien.

Los primeros fueron diez o doce jóvenes, descamisados y en bañatas pese a que empezaba a refrescar. Todos tenían aspecto de no haber dormido mucho.

Me fijé en tres tías cubiertas con unas rebequillas muy finas.

Las tres tenían buenas berzas.

Había también un chaval gordo, de unos diez años, que parecía un Almendralejo en miniatura.

Mi compañero le dio una chocolatina Mars que se sacó del bolsillo. Más adelante me aclaró que aquel era Robi Hill, y que los demás eran sus hermanos Pepe, Armando, María Luisa, María Jesús y Mari Luz.

Los hijos del alcalde, una gente la mar de maja. Los domingos todo el mundo está de resaca. Hoy se volverán pronto a casa.

En ese momento vimos a una morenaza que estaba de vicio: metro ochenta, cuerpo escultural, tetas firmes bajo un bikini blanco cubierto por una rebequilla fina.

Charlaba con un gitano coletudo y musculoso en bañador de surfero, con una camisa de flores estampada atada y remangada por encima del ombligo. Un tipo con suerte a juzgar por cómo lo miraba ella.

Almendralejo chasqueó la lengua y se limpió el sudor de la cara.

Se sacó la camisa del pantalón y enseñó una tripa rojiza. Murmuró que iba a haber problemas.

La niña Da Silva está empeñada en volver loco a medio pueblo... Y ahora ponerle los cuernos a un Hill con un hijo del Pati... Eso complica mucho las cosas.

Yo pregunté cómo se llamaba.

Dijo que Alejandra y también que me fuera olvidando de ella si quería mantener los huevos en su sitio. Que Raimundo era el hijo del Pati, pero yo no era nadie.

Me acordé del cantaor que mencionaba la guía. Lo asocié con alguna canción de moda de hacía muchos años y miré una última vez el trasero de la hija...

Almendralejo estaba cansado y de mal humor y dijo que nos volvíamos. Subimos hasta la carretera, me limpié los pies de arena y me calcé de nuevo antes de meterme en el coche patrulla.

Almendralejo arrancó. Pero de repente frenó en seco y golpeó el volante con la palma de la mano.

Mira la barca pesquera que pasa cerca de la patrullera y ficha a ese hijodeputa. Se llama Ismael y un día u otro lo voy a enviar a criar algas en el fondo del mar. Estoy hasta los cojones de él, siseó.

Después arrancamos y por las urbanizaciones me fue enseñando las distintas propiedades y hablando de sus habitantes mientras se le pasaba el cabreo...

La más grande era la del alcalde, un palacete protegido por altas tapias que apenas se avistaba desde la carretera. El terreno era inmenso y se tardaba un buen rato en rodearla.

En las inmediaciones vivían los dirigentes políticos de los partidos de la oposición, y también el director de *La voz*. Todos estaban igual de protegidos.

En Los Zarzales II la vivienda más grande pertenecía al brasileño Eugenio Da Silva, el padre del «fenómeno» que había visto en la playa. Una mansión de dos pisos con tejado a dos aguas de teja roja y bordeada de una pista de tenis de tierra batida que daba a una enorme piscina circular rodeada de tumbonas y mesas.

Frente a la fachada había estacionados varios coches antiguos de coleccionista.

Entre ellos vi un Rolls Royce cuyo angelito plateado brillaba al sol junto a un Saab y dos Jaguar idénticos, uno verde y otro azul, y un Renault 19.

Una pareja de matones trajeados y con gafas oscuras vigilaban apostados en una garita junto a la puerta.

El cabo los saludó y nos volvimos por la calle Espíritu Santo.

Al poco aparcamos delante del Ayuntamiento, justo cuando un Bemeuve plateado nos adelantó a toda pastilla.

Lo conducía una rubia rapada con cara de mala hostia.

En uno de los asientos traseros iba un tipo pecoso, muy rojo y albino de piel.

El hombre vestía una camiseta de rugby y gesticulaba, golpeando según lo hacía la palma de su mano con el puño cerrado.

Almendralejo pegó un silbido y meneó la mano.

Joder, qué prisa llevan hoy el Irlandés y su amiga la bollera. Seguro que Mac Inness vuelve del Archy y anda mosqueado por lo del Roca.

Yo me puse un pitillo en la boca y le ofrecí otro, que cogió encantado.

Bueno, creo que ya has visto un poco el pueblo ¿no?

Yo asentí y le di una calada al cigarro. Me lo acababa de encender.

¿Qué te parece?

Yo sonreí lo mejor que pude.

Bah, ya verás como de aquí a nada estáis más felices que unas castañuelas. Sobre todo los que venís de la metrópoli, esto os revoluciona la maquinaria. El aire, la playa, el pescaíto frito...

Sonreí de nuevo.

Al volver por la calle Felipe González ya era de noche.

Yo me sentía reventado después de la paliza del viaje.

Almendralejo se detuvo ante el portal de la casa cuartel...

Pues eso. Bienvenidos a Matadero. Y a disfrutarlo, tortolitos.

\* \* \*

Cuando Loli me abrió, estaba en bata.

Me preguntó qué tal había ido todo y qué me parecía Matadero.

Lo único que me vino a la mente es que era un pueblo... muy majo.

La mesa ya estaba puesta y la cena preparada.

Garbanzos a la navarra, una de sus especialidades.

Lo había traído en un *tupperware* desde Madrid. No quería que no nos faltara de nada en la primera noche de nuestra nueva vida.

A un lado mi uniforme estaba planchado y delicadamente colgado. ¿Qué más se podía pedir...?

Mientras comía, Loli me miraba discreta pero insistentemente.

Yo sabía lo que estaba pensando y terminé los garbanzos como si nada.

Ella se me acercó. Se sentó sobre mis rodillas.

Frotó su culo contra mi entrepierna y yo pensaba sin quererlo en la niña Da Silva.

Fuimos al cuarto y lo hicimos sobre la cama.

Ella se puso encima.

Yo la besaba el hombro y le acariciaba la barriguita mientras se la metía.

Me daba un poco de grima por el niño porque me lo imaginaba allí dentro oyendo nuestros jadeos...

Pero era el calor. Y estábamos en Matadero.

Después de correrlos, Loli dijo que estaba feliz de que Cristian naciera junto al mar.

Seguro que le trae suerte. Nos traerá un panecillo bajo el brazo, ya verás. Todo nos va a ir estupendamente.

Me quedé dentro de ella un buen rato y nos dormimos abrazados.

\* \* \*

El lunes por la mañana me presenté uniformado ante el jefe de la Policía Local, José Luis Alcázar.

Se trataba de un hombre amable y con bigote.

Tenía entradas y unos ojos verdes comprensivos.

Su traje no estaba muy limpio, y el despacho tampoco.

Había una foto del Rey vestido de uniforme y otra de Alcázar dándole la mano.

Alcázar me indicó que estaba orgulloso de tener gente con un expediente tan impoluto como el mío.

Necesitaba sangre joven porque en Matadero los policías se amuermaban y se echaban a perder enseguida.

Es el efecto costa, ya te irás dando cuenta.

Dijo que allí se puede trabajar con libertad porque no tenemos el caos de otros pueblos con las diferentes policías.

Explicó que Jorge Hill había desmantelado la Guardia Civil y que había conseguido que la seguridad quedara exclusivamente en nuestras manos.

Añadió que había que cuidar mucho la imagen de la ciudad y que no tuviera miedo de extralimitarme en mis obligaciones si sentía que hacía falta.

A ese respecto ten la total confianza de que contamos con el apoyo incondicional del alcalde.

Lo elogió mucho y aseguró que lo había dado todo por Matadero.

Tenía que haber visto cómo estaba el casco viejo antes.

Jorge Hill le había devuelto la dignidad a Matadero. Les estaba dando luz verde para limpiar toda la basura y la cosa empezaba a funcionar.

Como con las playas. ¿Has visto cómo limpiamos las playas?

Desde luego, dije.

Él había dejado caer *La voz de Matadero* encima de su mesa. Era de hacía tres días.

Me indicó amablemente que lo abriera por la página de Sociedad.

Allí había una foto suya con un individuo inmensamente gordo delante de una furgoneta.

Ahí va la última tanda de vagos expulsados de Matadero hacia Málaga.

### HILL SIGUE LIMPIANDO MATADERO

Durante los meses que han sucedido a su segunda reelección ha practicado sin esconderse una descarada política de extradición de maleantes y «demás escoria» (sic). Afirma que el siguiente paso serán los traficantes de droga y los homosexuales.

«Temed a Hill, cabrones. Estáis avisados», fueron sus palabras textuales.

Con sus habituales modales, el señor Hill ha dividido a los mataderienses sin término medio: o lo odian o lo adoran. Por ahora van ganando los segundos. Pero veremos hasta donde llega esta política de corte claramente absolutista y vigilantista...

Y eso que ese Pedro B. anda siempre tocándonos las narices, se lamentó. Una pena. Pero poco importa.

Me quitó el periódico de las manos y lo tiró encima del armario.

Se cruzó de brazos y se me quedó mirando.

Parecía perdido en sus cosas.

Yo no me sentía cómodo. Por fin volvió en sí y me explicó las reglas.

Regla número 1: limpiar de mendigos el casco viejo y las playas.

Regla número 2: limpiar de mendigos el casco viejo y las playas.

Reglas número 3: limpiar de mendigos el casco viejo y las playas.

El jefe estaba obsesionado con los indigentes.

Si no se los deja vagar a sus anchas se acaban la mitad de los problemas.

Dijo que él, hacía un par de días, había visto a un pobre con un cartelito de se-me-han-muerto-dos-hijos-porque-no-puedo-darles-de-comer, y le ofreció trabajo en la obra de un amigo.

El tipo huyó como la peste. Ahí lo tienes. Esa gente lo que busca es la sopa boba. Y a mí no me gustan los políticos que van y se la dan. ¿Sabes qué es la política de subvenciones? Es un rollo de mangantes para proteger a otros mangantes y esa no es la manera de estimular a los andaluces...

Me explicó que yo trabajaría con el sargento Casas, uno de los mejores policías de la ciudad.

Dijo que sería mi pareja de ronda.

El trabajo administrativo lo haría los jueves y los martes.

Tendría el fin de semana para mí dos veces al mes.

\* \* \*

El sargento Casas resultó ser un tipo alto, huesudo, seco y fibroso como un ciclista.

El pelo grisáceo y ondulado, la mandíbula cuadrada, los ojos claros.

El uniforme impecable, las botas relucientes, las gafas negras.

Recordaba un poco a Clint Eastwood y oí que algunos, en el Cuerpo, lo llamaban *Casas el Sucio*.

Lo primero que me dijo fue que qué coño hacía un novato como yo en Matadero.

Le contesté que tenía un año previo como segurata en un supermercado y enseñó las encías: los dientes estaban sucios.

Enseguida pensé que tal vez de ahí le viniera el apodo.

Luego su coche estaba lleno de abolladuras. Era un Volkswagen de color oscuro.

Además llevaba una porra no reglamentaria en la guanteira y andaba con la funda de la pistola siempre abierta.

Mientras dábamos una vuelta por el casco antiguo, me preguntó qué me había contado el jefe.

Se lo resumí y enseñó las encías.

Dijo que el problema de Matadero, ya me iría dando cuenta, no eran solo los mendigos.

De hecho los mendigos no forman ni tan siquiera parte del problema de Matadero...

Pasando delante de Archy me confesó que si él fuera jefe las cosas sí que cambiarían en el pueblo.

Miró hacia el toldo del local, un tanto deslavazado a plena luz del día, y escupió por la ventanilla.

Me preguntó si me habían hablado ya del Lerrimbarri y de las fiestas del Archy.

Dije que algo.

Enseñando las encías explicó que si quería que me trabajaran el bullas, aquel era el sitio y que si no fuese por el alcalde, él ya le habría metido un buen paquete y un par de hostias al tal Lerrimbarri...

Eso sí. Tiene un programa de radio muy interesante. *La flor del ano*. Es todos los lunes por la noche. Escúchalo, porque se aprende mucho...

De paso me preguntó qué era lo que me gustaba a mí.

Y no te hagas el longuis, que los de Madrid sois todos unos viciosos.

Aclaré que nada en concreto.

Él me miró de nuevo.

Dijo que no se lo creía, que todo el mundo tenía un vicio. Por lo menos en Matadero.

Saqué un pitillo. Me lo puse en la boca.

Entonces Casas me lo quitó y lo tiró por la ventanilla.

No quiero drogas en mi coche... Si ya estás enganchado a eso, ya estás listo para todo lo demás. Eres un puto débil.

Yo miré por la ventanilla. Me sentía desconcertado.

En el paseo marítimo no había demasiada gente, solo viejos, y allí nos paramos a tomar un helado en un chiringuito.

Casas se encaró con el camarero y cuando este fue a cobrar le agarró la mano.

Se volvió y me pidió que fichase la cara de ese cabrón hijodeputa.

Era un chavalito con el pelo engominado y raya al medio. Se había puesto lívido.

Aquí es donde por la noche se reúnen todas las fulanas, y este chulea a unas negritas que le pagan comisiones al Fili, ¿sabes quién es el Fili...? Es un hombre del irlandés Mac Inness, el principal proxeneta de la ciudad. Es quien se trae engañadas a las niñas y luego les quita el pasaporte y las obliga a prostituirse. Es quien les pega cuando hace falta y, si se le ponen farrucas, las acuchilla. ¿Es cierto o no es cierto lo que digo?

El chavalito asintió confuso.

Casas le soltó la mano dolorida y nos fuimos sin pagar.

\* \* \*

Mientras andábamos, el sargento se mostró más expansivo.

Dijo que no lo malinterpretase, que él no tenía nada contra las prostitutas y que a él también de vez en cuando le gustaba echar una canilla al aire.

Soltó una risita y me dio un codazo en las costillas.

Todos somos humanos, ¿eh?

Yo asentí. Me había dolido el codazo.

Nos paramos y nos quedamos mirando el puerto mientras terminábamos los helados.

A lo lejos se divisaba la patrullera del Cuerpo, muy tranquila, como una *gouache* marina.

Casas me preguntó si estaba casado. Dije que claro.

Él chasqueó la lengua.

Eso es bueno. Las mujeres están para guardar la casa y para tenerte todo listo cuando vuelvas de la calle. Hay que tener una familia detrás, sobre todo en un trabajo como este...

Yo asentí de nuevo. Se me había acabado el helado.

El sargento dijo que era normal que hombres como nosotros, que estábamos en contacto todo el día con la tentación, sucumbiésemos a veces. Había que conocer al demonio para poder luchar contra él. ¿Estaba de acuerdo?

Asentí una vez más.

Dime qué tipo de putas te gustan. Aquí hay de todo. Es imposible imaginárselo de día, pero esto se pone de bote en bote con el anochecer...

Miré de nuevo al mar. Corría una brisa agradable. Daban ganas de bañarse.

Pensé en qué estaría haciendo ahora mismo Loli.

Probablemente planchándome alguna camisa o descansando o cocinando algo.

Como Casas insistía, le confesé que nunca había sido putero.

No me lo creo, dijo. Seguro que alguna vez lo has hecho.

Me estaba empezando a agobiar y admití, para salir del paso, que alguna vez.

Entonces me miró con ojos penetrantes, enseñó las encías y ordenó que volviésemos al Volkswagen.

Ya dentro me aclaró que allí se movía de todo.

El alcalde se ha quitado de en medio a los heroinómanos de la plaza San Eulalio y del puerto antiguo, pero no a los yonquis ricos de las urbanizaciones, que son los peores.

Pasamos delante del Casino, que me pareció algo menos imponente en pleno día, y en Los Zarzales II Casas me señaló un chalecito bordeado por naranjos y acacias.

Ahí tienes a Margot, la principal socia del Irlandés. Ahí están las calientacamás buenas, para cuando te entre el apretón. Las del paseo pueden tener cualquier cosa, pero estas son de calidad pese a que últimamente haya demasiadas filipinas.

A continuación levantó las encías al pasar de nuevo por delante del chalé de Eugenio Da Silva y se detuvo delante de los matones para escrutarlos en plan chulo, de arriba abajo.

Ellos se pusieron cachas. Nos observaban desde detrás de sus gafas de sol.

Mira qué dos sacos de mierda ha plantado el Da Silva a la entrada, a ver si pasa pronto el camión de la basura y se los lleva a la trituradora.

Cuando intentó arrancar se caló el Volkswagen y los matones se descojonaron.

Casas se puso todo rojo y maldijo al cabrón de Roca, uno de los inspectores del Cuerpo, que jodía todos los coches que tocaba.

Por fin arrancamos, y ya más tranquilo me aclaró que Eugenio Da Silva era el mayor hijodeputa de Matadero.

\* \* \*

Salimos de Los Zarzales II bordeando una macrodiscoteca.

Todavía se oía música al otro lado del muro que la rodeaba.

Detrás de los parasoles de los chiringuitos emergía un bloque de cemento con un panel enorme de neones rojos en forma de llamas.

Ese es el Apocalipsis. Ahora mismo ahí dentro puede haber de todo.

Dos suramericanos en camiseta sin manga estaban apoyados sobre un par de taburetes altos. Tenían los brazos cruzados y charlaban entre sí.

También salían un par de rapaditos despistados con camisetas ajustadas.

Los seguían dos malotas en biquini y minifalda.

El sargento dijo que iba a putearlos, pero cambió de opinión cuando vio a un jipi que llegaba con una mochila al hombro por la carretera de Málaga.

Casas enseñó las encías y arrancó para cortarles el paso con el coche patrulla.

El sargento se asomó por la ventanilla.

¿No has visto el cartel?

El jipi iba con pantalones vaqueros cortados, sandalias y una camiseta sicodélica.

Tenía el pelo enmarañado en unas trenzas rastas bastante deshechas.

Miró el cartel y entornó los ojos.

Parecía drogado.

Volvió a mirar al sargento y repuso que no entendía el dibujito.

Es un vagabundo, aclaró el sargento y, señalándole con el dedo, añadió: un vagabundo como tú. Aquí no queremos vagabundos. ¡Vete!

El jipi sonrió, abrió la cremallera de su riñonera de cuero y sacó un fajo de billetes de cinco mil.

El sargento abrió la portezuela y se acercó para darle una hostia con la mano abierta.

Al jipi le sorprendió, pero cuando vio que el sargento se disponía a darle de nuevo giró sobre sus talones y empezó a andar apresuradamente hacia Málaga.

En ese momento casi le atropella un Mercedes.

El coche llegaba a Matadero a toda velocidad.

Visiblemente satisfecho, el sargento saludó al conductor y nos volvimos por la playa del Poniente, donde ya había alguna que otra tiarrona en *top less*.

El sargento enseñó sus sucias encías.